

PRIMAVERA NEGRA

NO ES FÁCIL ESCRIBIR SOBRE ANIMALES QUE HABLAN

Escrita en apenas un mes y tras el éxito de «Eva» llega esta novela de **Pérez-Reverte** protagonizada por unos perros y con aires de «noir». Un ensayo narrativo con aciertos y fallos

Los perros duros no bailan
Arturo Pérez-Reverte



Alfaguara,
2018
168 páginas
16,90 euros
E-book:
8,99 euros
★★★★

Escrita por Dalton Trumbo y dirigida por Stanley Kubrick, en 1960 se estrenó *Espartaco*, basada en la novela homónima de Howard Fast. La película no tardó en convertirse en un clásico y el personaje del esclavo Espartaco, en un arquetipo al que Pérez-Reverte recurre desde la primera página de su nueva propuesta literaria, titulada en un claro homenaje a Norman Mailer *Los perros duros no bailan*.

La aventura de Negro, un cruce de mastín español y fila brasileño, que a sus ocho años ha conseguido retirarse de las peleas de perros y dejar de ser luchador para convertirse en guardián de un almacén, nos recuerda en sus fragmentos más brillantes la utopía de la Libertad escrita con mayúsculas, esa por la que merece la pena aceptar el destino fatal que habrá de sucederla sin remedio.

Las dos lecturas

Sin embargo, dejando a un lado el planteamiento de partida –la investigación que Negro lleva a cabo para encontrar a Teo y Boris el Guapo, dos perros amigos que desaparecen al volver a sus respectivos hogares después de una noche de ocio en el abrevadero de Margot– la novela, muy corta, escrita en apenas un mes y publicada tras el éxito de *Eva*, la nueva entrega

de la serie Falcó, se presta a dos lecturas: una por la que merece la pena hacerse con ella y otra que la condena a ser una obra menor dentro de la extensa y a menudo exitosa producción de su autor.

Las sombras de esta historia se localizan en la sátira. El texto es más débil, casi se rompe, cuando pretende provocar la risa del lector, algo que no consiguen ni los diferentes perfiles perrunos, que intentan sin demasiada gracia, nadando apenas en la superficie, caricaturizar ciertos comportamientos humanos, ni la crítica latente a un momento social, el nuestro, en el que la dictadura de lo políticamente correcto amenaza con encorsetar opiniones y juzgar también la ficción.

No funcionan los acentos de la perra argentina, Margot, ni del perro francés; ni tampoco el de Tequila, la perra mexicana y traficante, que nos re-



Arturo Pérez-Reverte, padre del Capitán Alatriste y de Falcó

El primer Fowles

Un premio millonario que el protagonista de esta novela invierte en el secuestro de una chica...

El Coleccionista
John Fowles



Trad.: Andrés Barba
Sexto Piso,
2018
296 páginas
19,90 euros
★★★★

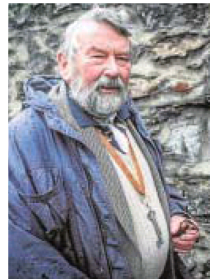
A Frederick Clegg, como a Nabokov, le gusta coleccionar mariposas. Con una infancia sin afecto y una edad adulta solitaria, el único incentivo que lo distrae es alimentar su creciente obsesión por Miranda Grey, una atractiva

estudiante de arte a quien admira porque posee todo lo que él no (estatus, cultura, relaciones...), y a la que vigila manteniendo siempre las distancias; hasta que un día Clegg gana con las quinielas 73.091 libras y decide invertir ese dinero en secuestrar a la chica. Así empieza *El coleccionista*, la primera novela de John Fowles –también autor de *El mago* y *La mujer del teniente francés*–, un éxito internacional desde su publicación en 1963, que ahora vuelve de nuevo a las librerías gracias a la edición revisada de Sexto Piso.

Dividida en tres partes, la historia se centra en relatar el

cautiverio de Miranda con las voces del captor y la víctima, y se cierra con una coda tan estremecedora como la frialdad de Clegg, que narra los terribles hechos provocados por él mismo no sin cierta extrañeza, con la asepsia característica de quien describe el proceso átono de ensartar una mariposa muerta en el bastidor.

Seguramente no lo pretendía, pero lo que consiguió Fowles con *El coleccionista*, cuya versión cinematográfica también conquistó al público, fue crear una obra de referencia, inmensa al imponerse a las tramas similares que la habían precedido y difícilmente superable para la literatura y el cine que, inspirándose en las ideas básicas del deseo insatisfecho, la brecha social y el secuestro, vinieron después.



El novelista y ensayista británico John Fowles

Sus armas, más allá de una prosa concisa y minuciosa hasta el extremo a la hora de escoger el detalle sobre el que fijar la luz para conectar con la sensibilidad del lector, fueron una misantropía latente, que en el transcurso de los acontecimientos se va

desplazando con lentitud del carcelero a su presa; y la capacidad de distanciarse de sus personajes protagonistas hasta darles el oxígeno necesario para ser monstruosos y presentarse ante el mundo con la vergüenza de una adolescente a la que obligaran a desnudarse delante de una cámara fotográfica.

Traducida por el también novelista Andrés Barba, reciente ganador del premio Herralde con *República luminosa*, *El coleccionista* se adentra en zonas tenebrosas del ser humano a las que muy pocos autores han sabido llegar; pero en las que merece la pena sumergirse aunque sólo sea para descubrir qué lleva a escribir a Miranda en su diario poco antes del final: «Si hay un Dios no es más que una gigantesca araña en la oscuridad». ■